

UNA INTERPRETACIÓN DEL SIGNIFICADO DE *CAMPEADOR*: EL SEÑOR DEL CAMPO DE BATALLA

David PORRINAS GONZÁLEZ

Universidad de Extremadura

Resumen

En un tiempo como la Plena Edad Media (siglos XI al XIII) en el que la batalla campal fue una operación militar poco frecuente, eludida por su alto grado de peligrosidad y riesgo, hubo un personaje que se caracterizó por su excepcional participación en este tipo de operaciones, consiguiendo además siempre la victoria en ellas. Basándose en esa realidad, los distintos autores que se hicieron eco de esa cualidad fueron creando un mito vigente en aquel tiempo, el mito del *Campeador*, el mito del *Señor del Campo de Batalla*.

Palabras clave: Guerra medieval, batallas, Rodrigo Díaz, Cid Campeador.

Abstract

In the Middle Ages (from 11th to 13th century), when field battles were a military option few frequent, which were eluded by its high degree of dangerousness and risk, there was a man who was characterised by his exceptional participation in this type of events, managing also the victory in all of them. In base of this reality, the different authors who made mention to this quality created a myth that was in force in that times, the myth of *Campeador*, the myth of *Lord of Battlefield*.

Keywords: Medieval war, battles, Rodrigo Díaz, Cid Campeador.

Agora sabed aquí los que esta estoria oydes que el Çid non se açertó en esta batalla, ca non era avn venido de tierra de moros donde guareciera grant tiempo, ca sy y fuese non fuera así vençido el rrey don Alfonso, ca fallamos en las estorias que del Çid fablan que nunca fue vençido en lid que entrase; tal graçia le ovo Dios dado¹.

Pocos epítetos de personajes históricos han tenido y tienen tanta aceptación y uso como el de *Campeador*. Posiblemente Rodrigo Díaz a secas no sugiera nada a un amplio sector de nuestra sociedad actual, sin embargo *Campeador* por sí mismo ya evoca una serie de imágenes, tópicos, clichés, plenamente arraigados en nuestro imaginario. Algunos de los estudiosos que desde la Historia y/o la Literatura se han aproximado a la figura de Rodrigo Díaz, el

¹ *Crónica de Veinte Reyes*, G. MARTÍNEZ DÍEZ, C. HERNÁNDEZ ALONSO y J. M. RUIZ ASENCIO *et al.* (eds.), Burgos, 1991, Libro X, cap. XXIII, pp. 213-214.

Cid Campeador, han intentado fijar el significado de este epíteto. Todos coinciden en que *Campeador-Campidoctor-Campidoctus*² tendría un marcado sentido militar, y muchos de ellos –Menéndez Pidal, Galmes de Fuentes, Montaner Frutos, Moreta Velayos, entre otros– consideran que significaría *Vencedor de Batallas*³.

Pero, ¿es esto suficiente para comprender todos los matices que puede encerrar un “apodo” tan celebrado?⁴ Nosotros creemos que *Campidoctor* habría que interpretarlo como *Señor del Campo de Batalla, Experto en el Llano* o dominador del campo de batalla. Y es que el llano era un escenario de combate –de batallas campales y duelos singulares– que en tiempo de Rodrigo Díaz sería peligroso y eludido, reservado a aquellos individuos con capacidades especiales para dominarlo, retenerlo, ganarlo. Serían estas unas cualidades como las que Rodrigo Díaz poseyó y demostró, destrezas que por el reflejo que de ellas dan las fuentes nos ayudan a entender la génesis y evolución de un mito como el de *El Campeador*, que es, en definitiva, lo que centrará nuestra atención en las páginas que siguen.

Aparte de los investigadores señalados más arriba, ha habido otros que, de una manera más intensa, se han interrogado sobre la naturaleza del vocablo *Campeador*, consiguiendo llegar más allá de un significado válido y gráfico pero lacónico como es el de *Vencedor de Batallas*. Richard Fletcher es uno de los que intentó ir más lejos en esa búsqueda. Según este investigador, el término *campi doctor* fue utilizado por escritores tardorromanos de los siglos IV y V, apareciendo además en algunas inscripciones de esa época. Caería en desuso durante un tiempo para reaparecer en las obras de algunos autores medievales eruditos como Juan de Salisburi (m. 1180). Fletcher sostenía que *el significado literal del término “campi doctor” es maestro del campo [militar] (...) instructor de prácticas militares*, habiendo sido utilizado precisamente con ese sentido en época tardorromana. A la hora de clarificar el por qué de su aparición en la “España” del siglo XI, Fletcher reconocía que esto era algo *que nunca se ha explicado de un modo convincente*. Concluía con la sugerencia de que el término *campi doctor* podría haber sido descubierto y puesto en uso por el autor del *Carmen Campi Doctoris*, quien posiblemente se educó en el monasterio catalán de Ripoll, donde había una buena biblioteca en cuyos fondos pudo topar con el término de forma casual y aplicárselo a Rodrigo Díaz en su composición⁵.

² En romance y latín respectivamente.

³ MENÉNDEZ PIDAL, Ramón: *La España del Cid*, Madrid, 1956, pp. 158-159; GALMES DE FUENTES, Álvaro: *Épica árabe y épica castellana*, Barcelona, 1978, pp. 53-54; MONTANER FRUTOS, Alberto: “El Cid, mito y símbolo”, *Boletín del Museo e Instituto “Camón Aznar”*, XXVII (1987), pp. 121-340, p. 179; MORETA VELAYOS, Salustiano: “Y el héroe tascó la hierba”, *La guerra en la Historia*, ed. por A. VACA LORENZO, Salamanca, 1999, pp. 15-44, y *Myo Çid el Campeador*, Zamora, 2000, p. 196. Véase también MONTANER FRUTOS, Alberto (ed.): *Cantar de Mio Cid*, Barcelona, 1993, pp. 398-399.

⁴ Quizás convenga aclarar que el otro apelativo que recibió Rodrigo Díaz, el de *Cid*, no plantea tantos problemas interpretativos como el de *Campeador*. El título *Sid*, al contrario que *Campeador*, no parece que fuera utilizado en vida de Rodrigo según las fuentes más próximas al personaje. Su origen islámico parece claro, aunque haya quienes consideren que significaría “señor”, por ejemplo MENÉNDEZ PIDAL, Ramón: *op. cit.*, p. 555; y otros –Mikel de Epalza de manera novedosa–, que sostiene que además de “Señor” significaría también “El León”. Véase EPALZA, Mikel de: “El Cid = El León: ¿epíteto árabe del Campeador?”, en *Hispanic Review*, 45 (1977), pp. 67-75, y “El Cid y los musulmanes: el sistema de parias-pagas, la colaboración de Aben Galbón, el título de Cid-León, la posadita fortificada de Alcocer”, en *Simposio Internacional “El Cid en el Valle del Jalón”*, Centro de Estudios Bilbilitanos, Calatayud, 1990, pp. 107-125, especialmente pp. 120-122.

⁵ FLETCHER, Richard: *El Cid*, 2.ª ed., Madrid, 1989 (traducido del original inglés *The Quest for El Cid*, Londres, 1989), pp. 119-120. El *Carmen Campidoctoris*, que se conserva en una copia manuscrita del siglo XIII, ha sido publicado varias veces: MENÉNDEZ PIDAL, R.: *La España del Cid*, vol. 2, pp. 876-884; WRIGHT, J.: “The first poem of the Cid, The Carmen Campidoctoris”, en *Arca*, 3 (1979), pp. 213-220; más recientemente por GIL, Juan: “Carmen Campidoctoris”, en *Corpus Christianorum Continuatio Medieualis*, LXXI, *Chronica Hispana Saeculi XII, pars I*, Tvrnholti, 1990, pp. 99-108. A estas ediciones latinas hay que sumar otras de carácter bilingüe, que aportan una traducción castellana al texto latino, como las de CASARIEGO, J. E.: *Cantar del Campeador*, Burgos, 1988, y la de HIGASI, A.: “Un

Más recientemente Gonzalo Martínez Díez defendía una explicación diferente del término *Campeador*. Para él tal apelativo cidiano significaría *el que sobresale en el campo de batalla con acciones señaladas*. Recogía además algunas opiniones más antiguas de eruditos de la talla de Manuel Malo de Molina, Cirot⁶ o Levi-Provençal para reforzar sus propias ideas sobre el significado de *Campeador*. Según Martínez Díez –como representante más actual de esta otra vía interpretativa–, *se ha seguido un camino equivocado al tratar de explicar el epíteto cidiano por sus versiones latinas eruditas y no por el original popular en romance “Campeador”⁷*, que aparece reflejado como *Campeator* en la carta de desafío que el conde Berenguer le envía a Rodrigo justo antes de la batalla de Tevar (1090)⁸. Siguiendo a Malo de Molina, Martínez Díez consideraba que *Campeador*, en romance, tendría una raíz germánica de la que deriva el vocablo alemán *kamp*, que significa *campión*, o, *aquel que lucha en lides singulares representando a una hueste*⁹.

Por último, en un libro recién editado pero que recoge reflexiones anteriores, Diego Catalán, considera que *El Campeador* o *al-Kambiyatur* para los musulmanes, sería un *epíteto de la lengua vulgar* que el autor del *Carmen latiniza recurriendo a una falsa etimología*. Para este investigador a Rodrigo, mediante el apelativo *Campeador*, *se le reconocía su cualidad más admirada o temida por sus coetáneos: el ser siempre vencedor en las lides, ya fueran singulares, ya en batalla campal*¹⁰.

Tras este repaso rápido y necesario a las principales corrientes interpretativas del término *Campeador*, vamos a intentar aportar un poco más de luz a un tema no exento de problemática. En nuestra opinión quizás las dos interpretaciones sean complementarias, o al menos, ninguna tiene capacidad de anular a la otra por falta de pruebas convincentes que, por otra parte, quizás no existan. Tal vez sea muy difícil saber cómo llegó a designarse a Rodrigo Díaz con el calificativo de *Campeador*. ¿De donde salió ese término?, ¿por qué lo utilizó el autor del *Carmen Campidoctoris*?, ¿tuvo un origen romance-vulgar y fue latinizado por autores cultivados?, o, por el contrario, ¿acaso se romanceó un vocablo de origen latino y erudito? Preguntas como éstas generan un sentimiento de insatisfacción que obliga a cuestionarse qué es verdaderamente

poema latino sobre el Cid”, *Medievalia*, n.º 18 (dic. 1994), pp. 1-9. Será ésta última la que aparezca citada en lo sucesivo salvo aclaración. Aun con ciertas discrepancias entre los investigadores, parece haberse alcanzado cierto consenso a la hora de fechar esta misteriosa composición lírica. Se tiende a aceptar como posible fecha de composición un período que estaría comprendido entre 1083 y 1094. Para estas y otras cuestiones relativas al *Carmen* pueden consultarse, además de las ediciones anteriormente citadas, los siguientes estudios (entre otros): UBIETO ARTETA, Antonio: *El “Cantar de Mío Cid” y algunos problemas históricos*, Valencia, 1973, pp. 163 y ss.; HORRENT, Jules: “El ‘Carmen Campidoctoris’”, en *Historia y Poesía en torno al “Cantar del Cid”*, Barcelona, 1973, pp. 99-122; SMITH, Colin: “The Dating and Relationship of the *Historia Roderici* and *Carmen Campidoctoris*”, en *Olifant*, 9 (1987), pp. 99-112; BODELÓN, Serafín: *Literatura latina de la Edad Media en España*, Madrid, 1989, pp. 76-78; y FLETCHER, Richard: *op. cit.*, pp. 221-223.

⁶ MARTÍNEZ DÍEZ, G.: *El Cid Histórico*, 5.ª ed, Barcelona, 2000, p. 20, no especifica, tal vez por imperativos editoriales, los estudios de Cirot en los que se basa, que serían quizás: “Le vrai Cid” en *Bulletin Hispanique*, XLI (1939), pp. 86-89 y “Quelques mots encore sur le ‘Cid’”, en *ibidem*, pp. 178-180, que no hemos tenido ocasión de consultar.

⁷ Levi-Provençal consideraba: *hay un equívoco en la interpretación de la palabra española “Campeador”. En vez de intentar explicarla por sí misma se acude a los vocablos latinos eruditos “campidoctor” y “campidoctus”; pero, a pesar de su raro empleo en el “Carmen Campidoctoris” y en la “Historia Roderici”, nada prueba que estas dos palabras latinas (...) no hayan sido escogidas arbitrariamente, a causa de su parecido fonético, para representar un vocablo popular, cuyo equivalente latino normal hubiera debido ser “campeator”, “La toma de Valencia por el Cid”, en *al-Andalus*, XIII (1948), pp. 97-156, esp. p. 102, nota 3. Por otra parte, este mismo autor proponía en 1936 una interpretación musulmana de *Campeador* a la que aludiremos más adelante.*

⁸ Más adelante analizamos esa carta reproducida por la *Historia Roderici*. Por no dispersar las ideas preferimos no hacer ningún tipo de aclaración en este momento.

⁹ MALO DE MOLINA, M.: *Rodrigo el Campeador*, Madrid, 1857, pp. 12-18, citado por MARTÍNEZ DÍEZ, G.: *op. cit.*, p. 20.

¹⁰ CATALÁN, Diego: *El Cid en la Historia y sus inventores*, Madrid, 2002, p. 13.

lo que nos interesa –que en nuestro caso no es tanto el origen del término como el significado que tendría en el tiempo del propio Cid y en el inmediatamente posterior (s. XI-XIII)–, y cuál es la información con la que contamos para despejar incógnitas de este tipo. Sabemos por ejemplo que Rodrigo Díaz utilizó en vida el apelativo *Campidoctor*. En un documento de 1098 Rodrigo Díaz hacía donación de unas tierras a la recién fundada catedral de Valencia, antes mezquita, y el escribano se refería a él como *inuictissimum principem Rudericum Campidoctorem*. Más adelante el propio Rodrigo se auto intitulaba *Ego Rodericum Campidoctor*. En 1101, muerto ya Rodrigo, Jimena, en un documento mediante el que hacía donación del diezmo de todos sus bienes a la catedral de Valencia, se refería a su difunto esposo como *Ruderici Campidoctoris*¹¹. Parece claro con esto no sólo que Rodrigo utilizó el epíteto en vida, sino que prefería ser conocido por él incluso más que por su apellido *Díaz*. ¿Qué tendría de especial el apelativo *Campidoctor* para que Rodrigo se sintiera tan identificado con él?, y, ¿qué tendría de particular Rodrigo para ser el único personaje de su época llamado de una manera tan clara *Campidoctor*?

Creemos que la respuesta a estas preguntas radica en una de las vertientes de su capacidad militar. Pensamos, al igual que algunos de los investigadores reseñados más arriba, que *Campidoctor* estaría muy en relación con el grado de especialización que alcanzó Rodrigo en vida en enfrentamientos arriesgados y difíciles, como en esta época serían los combates singulares y las batallas campales. En ambos casos el objetivo final del contendiente sería *dominar el campo*¹², un campo que solía ser llano. De ahí que no nos sorprenda que Rodrigo recibiera su sobrenombre precisamente por el hecho de haber sido un auténtico especialista en el dominio del campo de batalla, por haber sido literalmente un *Campi Doctor* o *Campidoctus*¹³, en un tiempo en el que los líderes militares prefirieron eludir las batallas por su peligrosidad y fuerte carga de incertidumbre, y alcanzar sus fines mediante operaciones menos arriesgadas como eran las cabalgadas y los asedios¹⁴. De hecho, y en palabras de García Fitz, *la figura*

¹¹ Ambos documentos fueron publicados por Ramón Menéndez Pidal en dos ocasiones: “Autógrafos inéditos del Cid y de Jimena en dos diplomas de 1098 y 1101”, en *Revista de Filología Española*, 5 (1918), pp. 1-20; y en *La España del Cid*, vol. 2, pp. 867 y ss. para el de Rodrigo y pp. 870-871 para el de Jimena.

¹² Nos resultan clarificadoras las palabras de Martín Alvira Cabrer, quien considera que, desde un punto de vista antropológico, *la ocupación del terreno del combate era también el símbolo convencional de la victoria en todas las actividades bélicas medievales, incluidos los torneos*, en *Guerra e Ideología en la España Medieval: Cultura y Actitudes Históricas ante el giro de principios del siglo XIII. Batallas de las Navas de Tolosa (1212) y Muret (1213)*, Tesis Doctoral Inédita leída en octubre de 2000, Universidad Complutense, tomo I, relativo a la batalla de las Navas de Tolosa, p. 293. Me gustaría en este punto expresar mi más sincera gratitud al doctor Alvira Cabrer por haberme permitido consultar y utilizar los manuscritos inéditos de su Tesis Doctoral.

¹³ Uno de los significados de *campus* en esta época es *campo de batalla*, las propias fuentes latinas así parecen indicarlo. Por su parte *Doctor* aludiría, entre otras cosas, a alguien “experto” o “maestro” en algo. *Doctus* podría significar “hábil”, “instruido”. Por tanto podríamos considerar que *Campi Doctor* o *Campidoctus* pudo significar para los autores medievales *Maestro del Campo de Batalla*, o, de una manera más libre *Señor del Campo de Batalla*. Aunque en ocasiones los significados de determinados términos latinos pueden variar en distintos escritos medievales, puede consultarse DU CANGE, Charles du Fresne: *Glossarium Mediae et Infimae Latinitatis*, editio nova, s.v. a Leopold FAVRE, Graz, 1954: sobre el término *Doctor* véase tomo II, pp. 154 y ss.; sobre *Campus* tomo II, pp. 67 y ss. y sobre *Campiator* y *Campidoctores*, tomo II, p. 60. Quisiera dar las gracias a los compañeros de Latín y Griego de la Universidad de Extremadura, en especial a Jesús Ureña y a Juan María Gómez, por las atenciones prestadas y la paciencia brindada a un aprendiz de historiador ignorante en cuestiones filológicas.

¹⁴ Véase en este sentido: GILLINGHAM, J.: “Richard I and the science of war in the Middle Ages”, *Anglo-Norman Warfare. Studies in late Anglo-Saxon and Anglo-Norman military organization and warfare*, ed. Matthew Strickland, Woodbridge, 1992 (en adelante citaremos *Anglo-Norman Warfare*), pp. 194-207; “William the Bastard at war”, *Anglo-Norman Warfare*, pp. 143-160, y “War and Chivalry in the History of William the Marshal”, en *ibidem*, pp. 262-263; STRICKLAND, M.: “Securing the North: Invasion and Strategy of Defense in Twelfth-Century Anglo-Scottish Warfare”, *ibidem*, pp. 208-229, y *War and Chivalry. The Conduct and Perception of War in England and Normandy, 1066-1217*,

del *Cid* representa un caso anómalo, y no sólo porque a lo largo de su vida aparecerá envuelto en un número importante de batallas, sino también porque en ocasiones no dudará, en contra de las convenciones bélicas más extendidas, en buscar expresamente este tipo de operaciones, incluso en situaciones un tanto comprometidas¹⁵. El *Cid*, en definitiva, presenta en este sentido unas peculiaridades muy marcadas, podríamos decir que constituye la excepción que confirmaría la regla de la esencia bélica medieval¹⁶.

Con esta originalidad de Rodrigo Díaz, sorprende menos que él mismo y sus contemporáneos usaran el término *Campeador* (*Señor del Campo de Batalla*) para su designación. Uno de sus grandes logros militares habría sido precisamente el hecho de no haber sido vencido en ninguna batalla (y ningún duelo singular), a pesar de haberse visto implicado en muchas de ellas. Si en la actualidad nos sorprende esta realidad, no es de extrañar que en su tiempo propios y extraños cargaran las tintas al referirse a una destreza al alcance de pocos¹⁷, y que desde su propia época empezará a forjarse un mito en base a su carácter *Campeador*, en cuyo desarrollo inicial se detectan deformaciones, distorsiones de la realidad, que hunden sus raíces en una imagen de Rodrigo Díaz que ya a comienzos del siglo XII –en base a un hecho verídico–, estaría plenamente forjada: la imagen del guerrero invencible en campo raso y por tanto *Señor del Campo de Batalla*. Es hora pues de rastrear las percepciones que en este sentido nos ofrecen las fuentes más cercanas al personaje, y esas otras que ya distanciadas temporalmente de él, contribuyeron a la distorsión de la realidad de una capacidad cidiana, la de *Campidoctor*.

Sería en vida del propio Rodrigo, hacia las últimas décadas del siglo XI posiblemente, cuando el anónimo autor del *Carmen Campidoctoris* sentó las bases del mito del *Campeador*, en base a sus aptitudes para vencer en un escenario de combate tan peligroso como era el campo abierto. En aquellas fechas ese desconocido poeta compuso unos versos para alabar los logros militares iniciales de Rodrigo, a quien daría el sobrenombre de Campeador (*Campi Doctor*) por haber conseguido vencer en un torneo a un campeón navarro y derrotar en batallas a reyes y condes. Fue precisamente al aludir a ese duelo singular (*singulare bellum*) con el navarro, cuando el *Carmen Campidoctoris* expuso la razón por la que Rodrigo sería llamado en adelante *Campi Doctor* por los hombres más importantes:

Cambridge, 1996, pp. 259 y ss. Sobre la importancia de la guerra de asedio y el control de puntos fuertes p. 204; PRESTWICH, M.: *Armies and Warfare in the Middle Ages. The English Experience*, New Haven and London, 1996, p. 305. También CONTAMINE, P.: *La guerra en la Edad Media*, Barcelona, Labor, 1984, p. 274. Sobre el mundo castellano-leonés de los siglos XI al XIII GARCÍA FITZ, FRANCISCO: *Castilla y León frente al Islam. Estrategias de expansión y tácticas militares*, Sevilla, 1998, pp. 40-56, sobre el papel de la guerra de desgaste en este contexto, pp. 59 y ss.; para la guerra de asedios pp. 171-176. Para el caso de la Primera Cruzada véase FRANCE, J.: *Victory in the East. A Military History of the First Crusade*, Cambridge, 1994, pp. 42 y ss.

¹⁵ “El *Cid* y la guerra”, *El Cid, Poema e Historia*, Burgos, 2000, César HERNÁNDEZ ALONSO (coord.), pp. 383-418, p. 390. Puede verse en este artículo un estudio sobre las principales batallas en las que se vio implicado Rodrigo Díaz, así como sobre su actitud hacia la batalla y las tácticas empleadas por él en este tipo de operaciones, pp. 390-402. Para GARCÍA FITZ, *una de las características más notables de la faceta militar del Cid*, que a su juicio estaría en la base de sus victorias en campo abierto, sería su aptitud para evaluar críticamente las particularidades de cada momento, su facilidad para adaptarse a las condiciones concretas de cada caso y su acierto a la hora de tomar las decisiones más pertinentes en función de cada situación específica, en *ibidem*, p. 398.

¹⁶ Y a pesar de ello, como demostró el propio GARCÍA FITZ, sus actuaciones se integran de una manera plena en el marco general del conocimiento que se tiene sobre la guerra de los siglos XI al XIII. Ver *ibidem, passim*. Sobre la batalla medieval y su naturaleza puede consultarse además, del mismo autor, *Castilla y León frente al Islam*, pp. 277-403, sobre la frecuente elusión de la batalla por parte de los líderes castellano-leoneses, ver especialmente pp. 311-329. Sobre la batalla en la Edad Media y sus connotaciones ideológicas y mentales sirvan las sugerentes reflexiones y profundos análisis de ALVIRA CABRER, Martín: *Guerra e Ideología en la España Medieval, passim*, y el reciente *El Jueves de Muret (12 de Septiembre de 1213)*, Barcelona, 2002, *passim*.

¹⁷ Como de manera concluyente exponía Diego Catalán, *vid. supra*.

*Hoc fuit primum singulare bellum,
cum adolescens deuicit nauarrarum;
hinc Campi Doctor dictus est maiorum
ore uirorum*¹⁸.

Éste sería el primer testimonio de una faceta cidiana, la de vencedor de batallas y combates, y de un apelativo, el de *Campidoctor*, que en lo sucesivo plasmarían diversos escritos al hablar sobre Rodrigo. Nos encontramos ante lo que podríamos definir como “embrión” de toda una mitología posterior. Salustiano Moreta nos ilustra con sus palabras en este sentido, cuando afirma que el autor del *Carmen* proporcionó unos sólidos argumentos a quienes posteriormente desarrollaron la intrincada leyenda del mito. De este modo, continúa el citado investigador, *el anónimo autor puso las bases para que los siglos futuros recrearan un personaje mítico en cuya historia se entremezclan la fantasía y la realidad; la leyenda y la historia*. En cierto modo, sentencia Moreta Velayos, *el sobrenombre de Campeador que le dio el monje catalán presagiaba venideras hazañas*¹⁹. Y es que, el Rodrigo percibido por el *Carmen* comienza a perfilarse claramente como un auténtico *Señor del Campo de Batalla* o dominador del llano. Así, al evocar la batalla de Cabra contra el conde García Ordóñez, que tendría lugar en el año 1079²⁰, y que posiblemente condicionó su primer destierro, el anónimo poeta ripollés expresaba:

*Ad quem, Garsiam, comitem superbum,
rex prenotatus misit debellandum;
tunc Campi Doctor duplicat triumphum,
retinens campum*²¹.

El Cid en Cabra, por tanto, *duplicó su triunfo*, derrotó al conde García Ordóñez, y también *retuvo el campo*, se hizo dueño del llano escenario de combate, lo dominó, actuó en definitiva como *Campi Doctor*, como *El Señor del Campo de Batalla*.

También en vida de Rodrigo algunos autores musulmanes se hicieron eco de esa faceta, de esa habilidad para conseguir siempre la victoria en la batalla, y de ese calificativo de *El Campidoctor*, para ellos *al-Kambayatur* (o *al-Kambiyatur*). Por ejemplo el andalusí Ibn Bassan, que debió escribir su obra hacia 1102-1110, decía de Rodrigo *al-Kambiyatur*:

Este opresor [Rodrigo], al mismo tiempo, por su actuar con destreza, sus dotes de entereza, y su intrepidez extrema, era uno de los prodigios de su Dios (...). Había llevado, maldígale Dios, victoriosa su enseña, había vencido a grupos de cristianos, combatiendo a algunos de sus jefes en varias ocasiones, como a García apodado “el Boquituerto”, y al jefe de los francos

¹⁸ HIGASI, A.: “Un poema latino sobre el Cid”, p. 4. Véase también GIL, Juan (ed.): “Carmen Campidoctoris”, p. 105.

¹⁹ MORETA VELAYOS, S.: *Myo Cid el Campeador*, p. 15. Montaner Frutos considera en este sentido que la figura del Campeador había sido empezada a mitificar en vida y sus hazañas ya eran legendarias cuando en el *Carmen Campidoctoris* se le prefiere a los héroes clásicos al compararlo con ellos, “El Cid: Mito y Símbolo”, p. 145.

²⁰ Sobre la batalla de Cabra, muy desdibujada por el laconismo y lirismo del autor del *Carmen*, véase *Historia Roderici uel Gesta Campidocti*, editada por Emma FALQUÉ REY en *Corpus Christianorum Continuatio Mediaevalis, Chronica Hispana Saeculi XII*, Tvrnholti, 1990, ep. 7 y 8; *Primera Crónica General*, cap. 849, p. 522; MARTÍNEZ DÍEZ, G.: *El Cid Histórico*, pp. 98-102.

²¹ La traducción que propone Higashi es la siguiente: *Contra aquel, el rey Alfonso envió para vencerlo a García, conde soberbio; el Campeador/duplica entonces el triunfo, reteniendo el campo*, p. 4. Ver también GIL, J. (ed.): “Carmen Campidoctoris”, p. 107.

[el conde de Barcelona], y a Ibn Rudmir [=el rey de Aragón], mellando el filo de sus tropas y dando muerte con su poca mesnada a sus numerosos soldados²².

Ibn Alqama, musulmán que vivió el cerco de Valencia por el Cid y autor de una obra perdida que quizás se conservó parcialmente en versiones posteriores de los compiladores alfonés, y de un historiador riguroso como Ibn Idari (s. XIV)²³, completa esa visión general de Ibn Bassan al proporcionarnos una narración detallada de un comportamiento concreto de Rodrigo ante una batalla. Al hablar de los momentos previos a la batalla del Cuarte (octubre de 1094) –en la que Rodrigo derrotó a un ejército almorávide sitiador de Valencia–, Ibn Alqama –según la versión de Ibn Idari–, relataba que ante la visión de la inmensidad del ejército almorávide, los cristianos asediados pensaron en *huir y abandonar Valencia, menos el maldito jefe suyo el Campeador, que no mostró temor ante esa multitud ni manifestó cuidado, pues por las aves tenía augurios y pronósticos*. Continuaba Ibn Alqama diciendo que con esos augurios y con otros embebecos de sus mentiras, Rodrigo confortaba el ánimo de sus gentes. Más adelante el Campeador se encargó de difundir el rumor de que las tropas del rey Alfonso VI acudían al descerque y él mismo –dividiendo su hueste en dos cuerpos y poniendo en práctica una argucia– consiguió derrotar y poner en fuga al atemorizado ejército almorávide. Esa sería una de las veces en las que el Cid consiguió vencer con su *poca mesnada* (Ibn Bassan) a un ejército mucho más numeroso que el suyo, esta vez musulmán²⁴.

La *Crónica Anónima de los Reyes de Taifas*, nos dejó una huella de lo que pudo significar *al-Qambiyatur (El Campeador)* para los musulmanes. Esta crónica compilatoria, redactada posiblemente en la segunda mitad del siglo XII, y que usó como fuente pequeñas partes de Ibn Alqama²⁵, decía que Ibn Yahhaf había sido rey de Valencia hasta que uno de los *condes* cristia-

²² IBN BASSAN: *al-Dajira fi mahasin ahl al-Yazira*, ed. I. Abbas, Beirut, 1971, traducidos los fragmentos relativos al Cid por VIGUERA MOLINS, M.^a J.: “El Cid en las fuentes árabes”, en *El Cid, Poema e Historia*, pp. 59-64, p. 63. No fue tan habitual que los historiadores musulmanes contemporáneos a Rodrigo hablaran de él en términos tan elogiosos, incluso el mismo Ibn Bassan se refiere a él como *perro y tirano*. Eso hace que su testimonio sea más valioso a la hora de comprender la capacidad victoriosa de Rodrigo Díaz. Unas sugerentes reflexiones sobre la imagen del Cid en las fuentes musulmanas en BENABOUD, M.: “La imagen del Cid en las fuentes históricas andalusíes”, *El Cid, Poema e Historia*, pp. 115-127, sobre la capacidad militar del personaje según los autores musulmanes, especialmente pp. 122-127. Esa alabanza del Cid quizás se fundamentó en la necesidad musulmana de justificar sus propias miserias engrandeciendo al enemigo, ver para ello GRANDA GALLEGO, C.: “Otra imagen del guerrero cristiano (su valoración positiva en testimonios del Islam)”, en *En la España Medieval, V: Estudios en memoria del profesor D. Claudio Sánchez Albornoz, I*, Madrid, 1986, pp. 471-480, sobre el Cid en especial p. 477. Sobre este mismo particular véase también PEÑA PÉREZ, F. J.: *El Cid, historia, leyenda y mito*, Burgos, 2000, p. 31.

²³ El título de la obra de Ibn Alqama sería *Manifiesto elocuente sobre el infausto incidente*. Sobre esta obra y sus problemas ver VIGUERA MOLINS, M.^a J.: art. cit., pp. 57-59. Véase también LEVI-PROVENÇAL, E.: “La toma de Valencia por el Cid”, *passim*; FLETCHER, R.: *op. cit.*, p. 230; MARTÍNEZ DÍEZ, G.: *El Cid Histórico*, pp. 25-26; GARCÍA FITZ, F.: “El Cid y la guerra”, pp. 385 y 387; y CATALÁN, D.: *El Cid en la Historia*, p. 19.

²⁴ IBN IDARI AL-MARRAKUSI: *al-Bayan al-Mugrib*, en VIGUERA MOLINS, M.^a J.: art. cit., pp. 73-74. Véase también *al-Bayan al-Mugrib. Nuevos fragmentos almorávides y almohades*, traducidos y anotados por Ambrosio HUCI MIRANDA, Valencia, 1963, vol. 1, pp. 78 y ss. Sobre la batalla de El Cuarte véase *Historia Roderici*, ep. 62, pp. 87-89; FLETCHER, R.: *op. cit.*, pp. 182 y ss.; MARTÍNEZ DÍEZ, G.: *El Cid Histórico*, pp. 349-357; y GARCÍA FITZ, F.: *Castilla y León frente al Islam*, p. 301 y “El Cid y la guerra”, pp. 394 y 401.

²⁵ Según Felipe Mailló Salgado, *la Crónica Anónima debió ser compuesta presumiblemente en el tercer cuarto del siglo XII, y que la vida de su autor, aun cuando hubiese alcanzado el siglo XIII, transcurrió esencialmente en el siglo anterior*. Sobre su naturaleza, Mailló Salgado considera que los datos contenidos en esta *Crónica adquieren un valor documental de primer orden*, por su carácter de compilación, y porque esos datos *han sido recogidos y seleccionados por un hombre relativamente próximo a los hechos relatados*, lo que no es óbice para que el autor fuera crítico y efectuara una *selección de materiales*; en *Crónica Anónima de los Reyes de Taifas*, introducción, traducción y notas de Felipe MAILLO SALGADO, Madrid, 1991, pp. 9-12. Como de todos los demás textos cidianos musulmanes, puede encontrarse también una traducción de esa *Crónica Anónima* en VIGUERA MOLINS, María Jesús: art. cit., pp. 64-66.

nos, llamado el Campeador (*al-Qanbiyatur*), que significa “señor del campo” (*sahib al-fahs*) Rodrigo (Ludriq) ansioso por conquistar la ciudad la sometió a fuerte opresión y la cercó apretadamente²⁶. Campeador o *al-Qanbiyatur* sería lo mismo para el anónimo autor o su fuente que *sahib al-fahs* o Señor del Campo, que según Levi-Provençal vendría a significar para los cronistas árabes de la Edad Media *maestro del campo raso* (*maitre de la champagne*), título que según este investigador *s’appliquait dès lors probablement à un spécialiste émérite de razzias en terre ennemie*²⁷. Esta última explicación no nos resulta del todo convincente si tenemos en cuenta que la *razzia* era una operación sumamente común en este período, practicada con éxito frecuentemente por muchos individuos además del Cid, y sin embargo no hemos encontrado otro personaje al que se le aplicase ese título²⁸. Teniendo en cuenta que la guerra no sería objeto primordial de estudio de Levi Provençal, tendríamos que concluir que *Sahib al-fahs* quizás se ajuste más a *Señor del Campo de Batalla*, como así lo considera María Jesús Viguera, que en su estudio sobre las fuentes árabes cidianas sostiene que *Campeador aparece traducido al árabe como “sahib al-fahs” = “dueño del [campo de batalla]”*²⁹, algo por lo que Rodrigo Díaz sí fue verdaderamente original, como veíamos. Por otra parte, hay que tener en cuenta que el objetivo que el eminente investigador francés perseguía con este estudio era contrarrestar la visión “cidófila” de Menéndez Pidal, y eso le llevaría a restar importancia al “héroe”³⁰.

Así pues, propios y extraños destacaron la asombrosa capacidad de Rodrigo *al-Kambiyatur* para resolver con victoria los enfrentamientos campales en los que se vio envuelto, además de su arrojo y su actitud decidida, poco habitual, ante una operación cargada de peligros como era la batalla campal, haciéndose eco además de un apelativo muy relacionado con esa realidad: con su dominio del campo de batalla.

La siguiente fuente cristiana –después del *Carmen*– que se haría eco de esa cualidad, no dudó incluso en deformar la realidad en alguna ocasión para mostrar a un Rodrigo *Campidoctus*, *Señor del Campo de Batalla*. La *Historia Roderici*, en su narración de la batalla de Tévar –que enfrentó a las huestes cidianas con las tropas del conde de Barcelona en junio de 1090– nos presenta, como decíamos, una imagen distorsionada del modo de combatir del *Campidoctus*. La originalidad del relato contenido en la *Historia* radica en unas cartas de desafío que inserta,

²⁶ *Crónica Anónima de los Reyes de Taifas*, en VIGUERA MOLINS, M.^a J.: art. cit., p. 65. La traducción completa del párrafo que propone Maillo Salgado es en esencia igual pero con pequeños cambios: *Permaneció [Ibn Yahhaf] en Valencia como soberano hasta que uno de los condes (qunt min aqmāt) cristianos, al que se le llamaba al-Kanbayatūr (el Campeador), cuyo significado es “El Señor del Campo” (sāhib al-fahs)– cuyo nombre verdadero era Ludriq (Rodrigo), lanzó una incursión contra él; pues anhelaba la toma de Valencia. Entonces la oprimió con intensa opresión y la sometió a fuerte asedio*, p. 51 de la edición de Maillo Salgado.

²⁷ LEVI-PROVENÇAL, E.: “Le Cid de l’Histoire”, en *Revue Historique*, 180 (1937), pp. 58-74, esp. p. 63.

²⁸ Lo cual no quiere decir en absoluto que no exista. Nuestra búsqueda no ha sido ni mucho menos intensiva. Levi Provençal no facilitó la tarea, ni siquiera citó las fuentes en las que aparecería *Sahib al-fahs*. Esto es algo a lo que quizás sólo pueda dar respuesta un arabista o un especialista en Historia Militar musulmana, ya que las dificultades de traducción de estas fuentes suponen un problema añadido. En noviembre de 2001 M.^a Jesús Viguera Molins decía –en un estado de la cuestión sobre organización militar andalusí–, que *falta, también (...), realizar un recorrido completo por los textos, para reunir las definiciones de cargos militares por allí dispersas*, en “La organización militar en al-Andalus”, en *Conquistar y defender. Los recursos militares en la Edad Media Hispánica*, núm. extraordinario de la *Revista de Historia Militar*, año XLV (2001), pp. 17-48, p. 35.

²⁹ VIGUERA MOLINS, M.^a J.: “El Cid en las fuentes árabes”, p. 86.

³⁰ Quizás convenga reproducir todo el párrafo que le dedicó Levi-Provençal a definir *Campeador*: *Rien n’est pourtant moins sur: “campeador” ne signifie pas exactement “champion”, mais plutot sans doute “chef d’incursions en rase campagne”; ce titre, ou sa forme “campidoctus”, est d’ailleurs expliqué par les chroniqueurs arabes de Moyen Age par “maitre de la campagne” (sahib al-fahs) et s’appliquait dès lors probablement à un spécialiste émérite de razzias en terre ennemie*, “Le Cid de l’Histoire”, p. 63. A todas luces parece poco convincente la última parte de la argumentación.

y que quizás se intercambiaron los dos dirigentes en los prolegómenos del choque (¿o quizás no?³¹). Esas cartas reflejan la mentalidad de un individuo que vio en Rodrigo a un guerrero

³¹ Han sido varios los estudiosos que han defendido la autenticidad de esas cartas, como MENÉNDEZ PIDAL, R.: *La España del Cid*, vol. 1, pp. 379-381, y vol. 2, pp. 906-909; FALQUÉ REY, E.: “Cartas entre el conde Berenguer de Barcelona y Rodrigo Díaz de Vivar (*Historia Roderici* 38-39)”, *Habis*, 12 (1981), pp. 123-133. Para Richard Fletcher estas cartas son *al parecer dignas de crédito*, *op. cit.*, p. 166 (ver también pp. 223 y ss.). Gonzalo Martínez Díez, considera que las cartas de desafío *presentan más bien el carácter de piezas auténticas salidas de la pluma o de la boca de sus pretendidos autores que de composiciones retóricas inventadas por el redactor de la biografía del héroe*, *El Cid Histórico*, p. 210. Véase también, CATALÁN, D.: *El Cid en la Historia*, pp. 20-23. Estos autores, defienden además que la *Historia Roderici* habría sido elaborada pocos años después de la muerte de Rodrigo (fijan como fecha más tardía el año 1110), justificando ciertas diferencias existentes entre las cartas y el resto de la crónica mediante la argumentación de que se trataría de documentos insertados por el cronista en el relato, técnica similar a la empleada por los autores de la *Historia Compostelana*. Véase para ello, además, la introducción que Emma Falqué dedica a su edición latina de la *HR* en el *Corpus Christianorum*, especialmente pp. 23 y ss. Otros investigadores, que consideran que la fecha de elaboración de la *Historia Roderici* sería posterior (década de los 40 del siglo XII), basan algunas de sus argumentaciones en esas diferencias existentes entre lo que los anteriores consideraban documentos auténticos insertados [las cartas de desafío aludidas y los cuatro juramentos que Rodrigo envía al rey Alfonso VI para disculparse de no haber acudido a servirle en la campaña para descercar Aledo (1088), y salvarse de la consiguiente acusación de traición, *Historia Roderici*, epígrafe 35, pp. 64-68] y el resto de la crónica. Milija N. PAVLOVIC y Roger M. WALKER, en su estudio “The date of the *Historia Roderici*”, *La Coronica*, volume 11, number 1, fall 1982, pp. 43-45, consideran que algunos conceptos legales como la “alevosía”, que aparecen mencionados en las cartas y los juramentos, no serían fijados por la legislación regia hasta el reinado de Alfonso VII (mediados del siglo XII), momento en el que se formaliza el ripto entre nobles para evitar acciones de venganza personal. Eso, junto a otro concepto como el “deshonor”, que aparece en los juramentos y que no sería fijado por la legislación foral hasta mediados del s. XII, les lleva a defender la década de los 40 del s. XII como fecha de elaboración de la *HR*. Recientemente Irene Zaderenko retrasaba todavía más esa fecha de redacción de la *HR*. Consideraba, en base precisamente a preceptos legales contenidos en las cartas de desafío y los cuatro juramentos, que necesariamente la *HR* tendría que haber sido compuesta después de 1185, momento en el que las Cortes de Nájera regulan el “ripto”, concluyendo que hoy día *numerosos indicios hacen que la fecha de 1110 propuesta por Menéndez Pidal para la composición de esta biografía de Rodrigo Díaz deba retrasarse hasta fines del siglo XII*, “El procedimiento judicial de ripto entre nobles y la fecha de composición de la *Historia Roderici* y el *Poema de Mío Cid*”, en *Revista de Filología Española*, LXXVIII (1998), pp. 183-194, p. 194. A nosotros se nos ocurre otra hipótesis en este sentido. Más que hipótesis es un conjunto de dudas: ¿Sería posible que en la elaboración de la *HR* hubieran participado varios individuos?, ¿Habría escrito un autor-testigo ocular el grueso de la crónica y copistas posteriores insertado o retocado unos documentos como las cartas y los juramentos?, ¿Sería ese momento de manipulación de la *HR* la fecha de la puesta por escrito del manuscrito más antiguo que ha llegado hasta nosotros de la misma y que tiende a situarse entre finales del siglo XII y principios del XIII? Ya Menéndez Pidal llamaría la atención sobre el latín empleado en las cartas, que sería diferente al del resto de la *HR*. Otra diferencia apreciable en una de las cartas de desafío es que aparece el término Campeador en romance (*Campeator*) y no en latín (*Campidoctus*) como en el resto de la crónica, *La España del Cid*, vol. II, p. 908. La posibilidad de que hubieran participado varios autores en la elaboración de la *HR* fue sugerida por Emma Falqué. Merece la pena reproducir íntegramente lo que dice esta autora al respecto: *Quizás toda la HR es obra de un mismo autor, testigo presencial de muchos de los acontecimientos narrados, pero pudo haber sido retocada o revisada por un continuador al que se deberían los comentarios que parecen apoyar una fecha de redacción de mediados del siglo XII. En cualquier caso, no podemos acercarnos a la autoría de una obra medieval con los esquemas mentales que pueden ser válidos para estudiar una obra moderna. Obras escritas por autores anónimos que no se preocupan por dejar constancia de su identidad, pueden muy bien ser continuadas por otros que redacten otras partes o revisen y retoquen el conjunto, sin que al final sea fácil distinguirse a unos u a otros y sin que estos puedan fácilmente ser identificables. La propia transmisión de los textos medievales mediante manuscritos en los que pueden intervenir de manera decisiva los copistas, hace más difícil aun la tarea de dilucidar si una obra medieval puede atribuirse exclusivamente a la redacción de un único autor*, *Historia Roderici uel Gesta Campidocti*, pp. 20-21. Más recientemente, Alberto Montaner Frutos sostenía la posibilidad de que esas cartas hubieran sido *como mínimo manipuladas según concepciones anacrónicas respecto de finales del siglo XI*, y no sólo las cartas, sino todos los “documentos” incluidos en la *Historia Roderici*, en “La batalla de Tévar”, en *El Cid, Poema e Historia*, pp. 353-382, esp. pp. 363-364. Para nosotros sería trascendental saber cual es la naturaleza de esas cartas de desafío, si fueron documentos que un coetáneo insertó textualmente, si fueron invenciones sólo posibles a partir de mediados del siglo XII, o, como decíamos, añadidos o retocados incluidos en el momento de redacción del códice más antiguo que conocemos. No es lo mismo decir que un autor coetáneo deformaba la realidad sobre el escenario de combate de la batalla de Tevar, que decir que esa deformación se produciría entre finales del siglo XII y principios del XIII, momento en que

invicto en terreno abierto y que asoció la acción de combatir en llano a la valentía, considerando cobarde al que se refugiaba en la montaña. Además, da la sensación de que para ese autor *campi doctus*³² tenía el sentido literal de *Experto en el Campo de Batalla*, entendiendo que el verdadero *campo de batalla* por fuerza tenía que ser llano.

En la carta que Berenguer le enviaba, acusaba a Rodrigo de varias afrentas pasadas que le hacían desear la venganza, y le reprochaba haberse refugiado en las fragosidades montañosas de la zona³³. A propósito de esto, el conde le echaba en cara haber adoptado una posición defensiva apoyándose en un monte para plantear desde él el combate³⁴. El ejército congregado por el conde catalán debía ser superior numérica y técnicamente al del Cid, y por ello deseaba la batalla en campo abierto. De ahí que provocara a Rodrigo diciendo: *Si sales hacia nosotros al llano y te separas de tu monte, serás el mismo Rodrigo al que llaman luchador y Campeador (Si autem exieris ad nos in plano et separaberis te a monte tuo, eris ipse Rodericus, quem dicunt bellatore et Campeatorem)*. Si por el contrario no lo hacía –salir al llano–, merecería ser llamado *aleuoso*, según la lengua romance de Castilla, y *bauzador* y *fraudator*, según la lengua de los francos³⁵. No tardaría Rodrigo en contestar a esa provocación a través de otra carta, en la que le aseguraba al conde, entre otras cosas, que temería incumplir sus promesas no atreviéndose a enfrentarse a él, pero que no eludiera el combate por la excusa del terreno, ya que –afirmaba–, *estoy en el lugar más llano de estas tierras (qui planior in cunctis terris istis uidetur)*. Más adelante volvería a insistir Rodrigo en ese hecho no cierto de que se encontraba en un terreno llano, al asegurar al conde en su carta que *Nunc autem in plano te expecto securo et robusto animo*³⁶.

esa distorsión tiene pleno sentido si la comparamos, por ejemplo, con las imágenes del *Poema de Mío Cid* o las de la *Primera Crónica General*, que nos presentan a un Cid *Dominador del Campo (Campidoctor)*, haciendo combatir al héroe en llanos y peligrosos campos de batalla, como queriendo encajar las formas de combatir de Rodrigo en ese apelativo que le acompañó en vida y le seguiría acompañando hasta nuestros días. Nosotros, ante la debilidad de nuestros argumentos, y ante el desconocimiento que tenemos acerca de criterios fundamentales para fechar una obra medieval (filológicos sobre todo) ya de por sí cargada de incertidumbres, vamos a manejar esas cartas embargadas por la sensación que da la duda, y compartiendo la opinión de los últimos editores de tan misteriosa crónica, que más o menos suscriben las teorías de Menéndez Pidal, Emma Falqué, Richard Fletcher o Diego Catalán. Su sólida argumentación nos imposibilita mantener nuestras divagaciones, aunque conservemos nuestras dudas: MARTÍNEZ DÍEZ, G., RUIZ ASENCIO, J. M. y RUIZ ALBI, I.: *Historia Latina de Rodrigo Díaz de Vivar*, Burgos, 1999, donde puede además consultarse una buena síntesis de las distintas propuestas de datación [básicamente dos: “Pidalistas” (coetánea) y “Ubietistas” (mediados del XII)], pp. 12-17. Estos editores, concretamente Martínez Díez, considera al igual que Menéndez Pidal, que las cartas de desafío –al igual que los juramentos– serían documentos del archivo personal de Rodrigo que insertaría el cronista contemporáneo que redactó la crónica, *ibidem*, p. 19. La edición de la *Historia Roderici* que citaremos en adelante, salvo otra indicación, será la de Emma Falqué. Hay dos traducciones recientes al castellano de la *HR*, una que realizó la propia Emma Falqué: “Traducción de la *Historia Roderici*”, en *Boletín de la Institución Fernán González*, año LXII, segundo semestre de 1983, n.º 201, pp. 339-375, y la otra está incluida en la edición de Martínez Díez *et al.*, *op. cit.*, pp. 103-146.

³² Según la *Historia Roderici*, *Rodericus igitur creuit et factus est uir bellator fortissimus et Campidoctus in aula regis Sanctii*, ep. 4, p. 48 de la edición latina de Emma Falqué. Por tanto, en el *aula regis* de Sancho Rodrigo creció y se convirtió en guerrero fortísimo y *Campidoctus*. Ver también la edición de MARTÍNEZ DÍEZ, G. *et al.*, ep. 5, p. 55.

³³ El lugar de esta batalla sigue sin ser fijado con exactitud, posiblemente se encontraría en una zona montañosa próxima a Morella. La teoría más reciente sobre la localización del escenario de la batalla es la de Alberto Montaner, que considera que ese lugar se situaría *probablemente al pie del actual puerto de Torre Miró*, enclavado a unos 20 km al sur de Monroyo (localidad del Maestrazgo turolense), MONTANER FRUTOS, Alberto: “La batalla de Tévar”, p. 363. También sobre la batalla de Tévar puede consultarse: MENÉNDEZ PIDAL, R.: *La España del Cid*, pp. 376-388; FLETCHER, R.: *op. cit.*, pp. 166-167; MARTÍNEZ DÍEZ, G.: *El Cid Histórico.*, pp. 210-218; GARCÍA FITZ, F.: *Castilla y León frente al Islam*, p. 369, y “El Cid y la guerra”, pp. 393-394 y 400-401, y PEÑA PÉREZ, F. J.: *op. cit.*, pp. 143-147.

³⁴ Las palabras textuales de Berenguer serían: *Videmus namque quia una cum tuo monte confidens in illo uis nobiscum debellare, Historia Roderici*, ep. 38, pp. 71-72.

³⁵ *Ibidem*, p. 72 de la ed. latina, pp. 358-59 de la traducción.

³⁶ *Ibidem*, epígrafe 39, p. 74 de la ed. latina, p. 359 de la traducción.

Gracias al testimonio más fidedigno de Ibn Alqama al respecto, recogido por la *Primera Crónica General* y la *Crónica de Veinte Reyes*³⁷, sabemos que el autor de la *Historia Roderici*, o en su caso el de las cartas de desafío, deformaba la realidad al exponer la situación topográfica real de la hueste del Cid en la batalla de Tevar. Según Ibn Alqama, Rodrigo, al ver el potencial de los enemigos catalanes, dudó si podría vencerlos por su elevado número y, *buscó manera et arte como los pudiesse esparzer con sabiduria*. Para ello *metiose en unos ualles entre unas sierras que auie y*, se posicionó en un punto al que sólo se podía acceder por un lugar estrecho que el guerrero castellano guarneció con unas *barreras*. A partir de ahí su asucia hizo el resto: envió informaciones falsas al real de Berenguer sobre una supuesta huida a través de unos puertos, que el conde ordenó tomar inmediatamente; apostó en aquellos lugares de supuesta huída a algunos de sus hombres en celada para interceptar a los grupos que enviara Berenguer; y consiguió así dividir al ejército enemigo en varios cuerpos, gracias a lo cual conseguiría derrotarlo, a pesar de resultar herido al caerse del caballo. Por tanto, aprovechando las irregularidades del terreno consiguió la victoria, un cuantioso botín y el apresamiento del conde³⁸.

Al contrario que Ibn Alqama, el cronista que desde la proximidad a Rodrigo nos dejó unas líneas muy verídicas sobre su trayectoria vital y comportamiento militar, no dijo nada acerca del ventajoso posicionamiento topográfico e inteligente empleo táctico del terreno del Cid en la batalla de Tévar. Contribuyó con ello a acrecentar el mito del *Campeador*, del vencedor en el llano, sin mostrarnos esa otra faceta de líder astuto que es capaz de alcanzar grandes victorias utilizando para ello todas las ventajas disponibles, incluidas las topográficas. Al concebir la lucha en el llano como una acción valerosa y la utilización de montañas u otros obstáculos como una muestra de cobardía, el autor de la *Historia Roderici* se vería obligado a deformar la realidad para no mostrar la táctica cidiana, basada en la ocultación y en la explotación de una posición ventajosa sobre el terreno. El autor de la *Historia* no concebiría a Rodrigo luchando en un escenario montañoso, ya que para él Rodrigo sería el *Campidoctus*, el *Señor del Campo de Batalla*, el dominador del *Llano*. Intentaría engrandecer de este modo el carácter valeroso del *Campidoctus*, de aquel que había alcanzado fama desde su juventud por lograr victorias resonantes en el peligroso escenario llano de los *valientes*. Así pues, la *Historia* constituiría una muestra evidente y temprana del proceso de mitificación que, de las formas de combatir de Rodrigo, se producirá a lo largo de los siglos XII y XIII, resultando de un interés manifiesto para la comprensión del significado que en esta época tendría el vocablo *Campeador*.

Pero no fue ésa la única vez que la *Historia Roderici* deformó la realidad al asociar la lucha en campo abierto con la valentía y la utilización de montañas con la cobardía. De una manera más sutil y velada haría una comparación un tanto subliminal entre el Cid y Alfonso VI

³⁷ Richard Fletcher advierte de las dificultades de los fragmentos alfonsíes atribuibles a Ibn Alcama, *El Cid*, p. 230. Martínez Díez utiliza la información alfonsí al estudiar la batalla de Tévar, véase *El Cid Histórico*, pp. 214-215. Para Francisco García Fitz son merecedoras de crédito la versiones de Ibn Alqama contenidas en las crónicas alfonsíes cuando hablan de esa batalla de Tévar, "El Cid y la guerra", pp. 393-394. Diego Catalán considera que la *versión castellana* de la obra de Ibn Alqama *a pesar de su origen, contiene a menudo un texto más fiel que el que nos da a conocer el historiador musulmán Ibn Idari*, *op. cit.*, p. 19. ¿Podría ser esta una de esas ocasiones?

³⁸ *Primera Crónica General*, editada por Ramón MENÉNDEZ PIDAL, con un estudio actualizador de Diego CATALÁN, Madrid, 1977, cap. 893, p. 562; *Crónica de Veinte Reyes*, Libro X, caps. XLV-XLVII, pp. 225-227. Incluso el *Poema de Mio Cid*, Ian MICHAEL (ed.), 5.ª ed., Madrid, 1991 (1.ª ed. de 1984), hace alusiones vagas sobre la topografía montañosa del lugar de la batalla, al expresar que el ataque del conde se produciría cuesta abajo y que los del Cid estarían cerca del llano *—vieron la cuesta yuso la fuerça de los francos;/al fondón de la cuesta, cerca es del llano, (vv. 1002-1003)—*, pero no en él, ya que poco antes ordenaría el Campeador a sus hombres que *Antes que ellos lleguen al llano, presentémosles las lanças*, v. 996. No concuerda *—como no podía ser de otro modo—* ni mucho menos con la visión ofrecida por Ibn Alcama, pero al menos nos ofrece algunos datos sobre el relieve montañoso en el que se desarrollaría la batalla.

en este sentido. Fue al narrar una expedición organizada por el rey en primavera de 1091 para responder al control almorávide de la taifa de Granada, y a la que se sumó Rodrigo en un intento de recuperar el favor real perdido tras el segundo de sus destierros. En esas fechas el Cid abandonó el asedio de la fortaleza valenciana de Liria y se incorporó a la hueste del rey en la villa de Martos. Tras un honroso recibimiento prosiguieron juntos hasta las cercanías de Granada. Allí –sigue relatando la *Historia*– el rey acampó en las montañas de Elvira y Rodrigo en un lugar llano situado ante el campamento regio para protegerlo y velar por él. Según el anónimo autor esta acción cidiana irritó profundamente al rey, que *movido por la envidia (ductus inuitia)*, dijo a los suyos:

Videte et considerate qualem iniuriam et quale dedecus nobis Rodericus infert. Hodie quidem post nos ex longo itinere quasi fessus et fatigatus uenit, modo uero nos precedit et ante nos tentoria sua fixit.

Pero no quedaría ahí la animadversión de Alfonso, ya que consiguió contagiar de su envidia a todos los que le rodeaban, y que estos al unísono difamaron de Rodrigo y lo acusaron de presunción (*presumptio*)³⁹. Seis días más tarde el ejército cristiano se retiró de las inmediaciones de Granada, según la *Historia* porque Yusuf y su ejército no se decidieron a plantear batalla por temor al ejército de Alfonso (?)⁴⁰. De regreso a Toledo acamparon en Úbeda y allí tocó cima la irritación del rey con el Campeador. Según el anónimo autor Rodrigo se reunió con el rey, mantuvieron una discusión y aquel tuvo que huir por miedo a ser prendido por éste. A la noche siguiente muchos de los caballeros (*militum*) que servían al Cid desertaron y se pasaron al campamento del rey, Rodrigo regresó triste y molesto a la región levantina⁴¹.

¿Cómo interpretar esta narración tan “extravagante”? Lo que podemos apreciar con una lectura literal del pasaje es que el autor de la *Historia* consideraba que el hecho de acampar en terreno llano era una acción que podía suscitar la envidia de los que lo habían hecho en alto. Esa acampada en la llanura sería interpretada por el rey como injuria (*iniuriam*) y afrenta (*dedecus*). Aquellos que acampaban en alto (el rey y los suyos) serían cobardes (aunque no lo especifique), y era normal que sintieran envidia de Rodrigo y le considerasen presuntuoso. A causa de ello la cólera del rey llegó a extremos inauditos⁴², sin embargo Rodrigo soportó estoicamente todas las acusaciones, insultos y reproches *falsos*.

Hay en verdad varios puntos que no quedan claros en esta percepción. Uno de ellos de tipo táctico, ya que en esta época fue habitual que se buscaran lugares protegidos por la naturaleza para las acampadas de tropas. Las montañas eran idóneas para ello, y así lo recomendaría poco más adelante una tratadística militar que sin duda se hacía eco de necesidades existentes en el tiempo del Cid⁴³. Incluso el *Poema de Mío Cid* –composición que mezcla de forma evi-

³⁹ *Historia Roderici*, ep. 45, p. 79.

⁴⁰ No parece muy convincente esta causa de la retirada de la hueste de Alfonso. Veremos más adelante como un autor musulmán nos ofrece otra versión bastante más creíble que la del autor de la *Historia Roderici*, que dice textualmente que Yusuf *no atreviéndose a esperar al rey Alfonso y a luchar con él, atemorizado por el pavor que sentía hacia el rey, huyó junto con su ejército y se retiró ocultamente de aquellos lugares*, epígrafe 45, p. 362 de la traducción de Emma Falqué. Gonzalo Martínez Díez, tras contrastar distintas fuentes, llega a la conclusión de que cuando Alfonso VI llegó a las inmediaciones de Granada hacía tiempo que Yusuf había cruzado el Estrecho para coordinar desde Ceuta su intervención en al-Andalus, *El Cid Histórico*, p. 233.

⁴¹ *Ibidem*, ep. 45-46, pp. 79-80.

⁴² La *Historia* utiliza expresiones para referirse a la cólera de Alfonso VI tales como *motus et accensus est ira, exacerbatum et a furore nimio illatus, ibidem*.

⁴³ La altura, la potencialidad defensiva y la disponibilidad de mantenimientos, eran las cualidades más aludidas por la tratadística militar castellano-leonesa con las que debía contar un buen campamento. Ver por ejemplo VEGECIO, *Epitoma rei militaris*, en CALLEJAS VERDONES, M.^a T.: *Edición crítica y traducción del Epitoma Rei Militaris de Vegetius. Libros I y II, a la luz de los manuscritos españoles y de los más antiguos testimonios europeos*, Madrid,

dente realidad y ficción–, nos ofrecería imágenes de campamentos paradigmáticos, como el del Poyo de Monreal o el del otero sobre Alcocer, ambos situados en montañas de fácil defensa⁴⁴. El propio Rodrigo Díaz demostró –como vimos más arriba–, el partido que se podía sacar a una acampada en relieves montañosos⁴⁵. Otro punto que no queda claro es la acusación directa de envidia que el cronista hace al rey. En la narración de otros acontecimientos la *Historia* incide en que ese sería un sentimiento no tanto del rey como de sus vasallos, la originalidad de este relato consiste, por tanto, en atribuirle directamente esa pasión a Alfonso VI. Pero lo que realmente sorprende es el motivo de la envidia del rey: el hecho de que Rodrigo acampara en llano, delante de él, y tras una marcha fatigosa.

Parece que el cronista entendía que el único capaz de acampar en llano en tierras enemigas era Rodrigo, el *Señor del Llano*, motivo suficiente para suscitar envidia en un monarca que había sido derrotado años atrás en batalla campal (Sagrajas, 1086) por el enemigo almorávide con el que pretendía enfrentarse en esta ocasión (Yusuf)⁴⁶. Sin embargo, Rodrigo había conseguido vencer en dos batallas a los almorávides (El Cuarte y Bairén) antes de que se elaborase la *Historia*. ¿Haría el cronista en este punto una comparación, un tanto odiosa y completamente velada, entre las capacidades militares del *Campeador* y las del rey? No podemos afirmarlo, aunque sí sugerirlo. Pero, ¿qué ocurriría realmente en las cercanías de Granada?

Martínez Díez considera que esa irritación regia estaría motivada por el fracaso de una expedición que había sido cuidadosamente preparada por Alfonso VI⁴⁷. Andrés Gamba, que realiza un interesante estudio de las controvertidas y no bien aclaradas relaciones entre Rodrigo y Alfonso, considera que en el trasfondo de este acontecimiento, *desdibujado en las oscuras explicaciones de la Historia Roderici* sobre la ubicación de los campamentos, subyace lo mismo que en anteriores desencuentros entre Rodrigo y Alfonso: *la falta de sintonía entre la voluntad de Alfonso VI y los planes de Rodrigo Díaz*, ya que –como afirma el mismo autor en otro punto–, el Cid se mostró casi siempre como un individuo que había adquirido una *irritante autonomía*, automarginándose de las grandes directrices político-militares que estaba desarrollando el monarca, movido por sus propios intereses⁴⁸.

Pero, ¿cómo se materializaría esa independencia de criterio cidiana en esta ocasión?, ¿qué haría Rodrigo para que un rey como Alfonso VI⁴⁹ se irritara de tal manera con su persona?

1982, Libro I, capítulo XXII, p. 162; *Partidas II*, Título XXIII, leyes de XIX a XXI; GIL DE ZAMORA, J.: *De Preconiis Hispaniae o Educación del Príncipe*, traducción y estudio de J. L. MARTÍN y J. COSTAS, Salamanca, 1996, p. 201; PSEUDO ARISTÓTELES, *Poridat de las Poridades*, ed. de Lloyd A. Kasten, Madrid, 1957, p. 56; y GARCÍA FITZ, F.: *Castilla y León frente al Islam*, pp. 157-160.

⁴⁴ Así es, por ejemplo, como el *Poema* hablaba del *Poyo de Mont Real* (vv. 863-865):

*í fíncó en un poyo que es sobre Mont Real;
alto es el poyo, maravilloso e grant;
non teme guerra, sabet, a nulla part.*

En un Trabajo de Investigación que tuvimos que desarrollar para la obtención del “Diploma de Estudios Avanzados”, y que titulamos *Espacio y Logística: aproximación al “universo material” del guerrero en la Edad Media. Castilla y León (siglos XI al XIII)* (leído de octubre de 2001), nos fijamos en los usos militares que se hicieron de las montañas en este período. La montaña fue empleada en múltiples ocasiones a modo de castillo (para la defensa, el ataque, el refugio...), y por supuesto para la acampada.

⁴⁵ Nos referimos al campamento que según la versión de Ibn Alcama recogida por la *Primera Crónica General* levantó el Cid antes de la batalla de Tevar. *Id. supra*.

⁴⁶ Y en 1097 en la batalla de Cosuegra, por un enemigo también almorávide, como veremos más adelante.

⁴⁷ *El Cid Histórico*, pp. 234-235.

⁴⁸ GAMBRA, Andrés: “Alfonso VI y el Cid. Reconsideración de un enigma histórico”, *El Cid, Poema e Historia*, Burgos, 2000, pp. 189-204, p. 199.

⁴⁹ Aparte de Andrés Gamba han sido otros los historiadores que se han planteado preguntas acerca de un tema tan espinoso y enigmático como el de las relaciones entre Alfonso VI y Rodrigo Díaz. Los historiadores que más recientemente han abordado el problema consideran que Alfonso VI fue un gran rey, como justifican sus actuaciones

No hay nada en la *Historia* que nos aclare, pero la única noticia musulmana sobre esa campaña de 1091 difiere en bastantes puntos de la versión ofrecida por la fuente cristiana. Según Huici Miranda Ibn al-Atir, en su *Kamil*, al hablar sobre lo acontecido en el occidente musulmán durante el año 483 (1090-1091), aseguraba que en ese año Alfonso VI llevó a cabo una campaña contra los almorávides de Granada. En esa expedición Alfonso, que estaba acompañado por el Cid, fue vencido entre Jaén y Granada y tuvo que huir para no caer en manos de los vencedores. Culpó de su derrota al Cid y, al no poder apresararlo, se decidió a despojarlo de Valencia⁵⁰.

Parece que con este testimonio musulmán adquiere más claridad un acontecimiento enigmático. Posiblemente Rodrigo comprometió con una de sus acciones la suerte del resto de la hueste del rey, que estaría en trance de ser derrotada por ello. Esto si explicaría que la ira del rey se desatara, no el hecho de que Rodrigo acampara en llano mientras él lo hacía en las montañas de Elvira, algo que lo que sí nos evidencia es la percepción de *Campidoctus* que tuvo el individuo que elaboró la *Historia*, una percepción una vez más deformante y que nos ayuda a comprender que fuentes posteriores cargaran tanto las tintas en esa cualidad real-imaginaria de *Dominador del Llano* o *Señor del Campo de Batalla*.

Así pues, las crónicas y composiciones literarias que con posterioridad a la *Historia Roderici* nos hablan de Rodrigo, lo hacen destacando todavía más esa faceta de *Campeador*. En verdad esas composiciones, por su naturaleza épica⁵¹, constituyen un estadio más evolucionado en cuanto a la distorsión de las formas de combatir del Cid, en la que mucho tiene que ver su representación como *Señor del Campo de Batalla*. El importante desarrollo que de las ideas y literatura caballerescas se produce lo largo del siglo XII⁵², estaría muy relacionado con esta

en todos los niveles del reino castellano-leonés (militar, político, económico, cultural, religioso...). También consideran a Rodrigo Díaz como un individuo que basó su éxito en una capacidad militar que le permitió alcanzar sus objetivos. Sin embargo opinan que la de Rodrigo fue una mente muy poco lúcida para comprender las complejas marañas diplomáticas y políticas que Alfonso VI urdía contra los taifas. Talento e *impulsividad* militar y una *terrible ingenuidad política* son las claves que José María Mínguez propone para comprender la ira del rey y el primer destierro del infanzón de Vivar, ya que Rodrigo habría actuado como un elefante en una cacharrería al enfrentarse con García Ordóñez y las tropas Granadinas en Cabra, ver para ello MÍNGUEZ FERNÁNDEZ, J. M.^a: *Alfonso VI. Poder, expansión y reorganización interior*, Hondarribia, 2000, pp. 96-97 y 146-147, y, del mismo autor, "Héroes y mitos en la sociedad feudal: el mito del Cid", en Ernesto GARCÍA FERNÁNDEZ (ed.): *El poder en Europa y América: mitos, tópicos y realidades*, Bilbao, 2001, pp. 39-55. F. J. Peña Pérez nos ofrece una interesante comparación entre ambas figuras en la última monografía que se ha publicado sobre el Cid. Llega a unas conclusiones similares a las de Mínguez, y considera que no se puede comparar a las dos figuras únicamente en función de sus éxitos o fracasos en el campo de batalla, teniendo en cuenta la importantísima labor desarrollada por el rey (expansión, repoblación, reorganización...). Reconoce el genio militar de Rodrigo, pero que *durante, al menos, la mitad de su vida pública útil no tuvo otro horizonte vital que la búsqueda del éxito personal*, y que en los destierros *se desentendió radicalmente de los asuntos internos de su reino de origen*, en PEÑA PÉREZ, F. J.: *op. cit.*, pp. 199-216, citas textuales de p. 211.

⁵⁰ HUICI MIRANDA, A.: *Historia musulmana de Valencia y su región*, Valencia, 1979, II, p. 43, citado por MARTÍNEZ DÍEZ, G.: *El Cid Histórico*, p. 228.

⁵¹ Vamos a analizar la percepción del *Campeador* en la *Crónica Najerense*, *Poema de Mío Cid*, *Crónica de Veinte Reyes* y *Primera Crónica General*. Todas estas composiciones tienen en común la mezcla de ficción y realidad, y las crónicas en particular insertan en sus narraciones relatos que claramente pueden ser considerados épicos. Aislar lo "épico" en esas crónicas muchas veces resulta de una complicación extrema. De todas formas, para lo que a nosotros incumbe, este es un problema "menor", en tanto en cuanto la percepción del Cid como *Señor del Llano* es operativa tanto en composiciones épicas como épico-cronísticas. Sobre ese y otros problemas relacionados véase CATALÁN, Diego: *El Cid en la Historia y sus inventores, passim*. Sobre las conexiones entre épica e historia véase la interesante miscelánea *Epopéya e Historia*, Victoria CIRLOT (coord.), Barcelona, 1985.

⁵² Véase FLORI, J.: "La notion de chevalerie dans les chansons de geste du XII^e siècle. Etude historique de vocabulaire", *Le Moyen Age*, 1975, pp. 211-244 (traducido al castellano en *Epopéya e Historia*, pp. 119-146); "Du nouveau sur l'adoubement des chevaliers (XI^e-XII^e siècles)", *Le Moyen Age*, XCI (1985), pp. 201-221, esp. 219; *L'essor de la chevalerie*, Geneva, 1986, pp. 223 y ss.; "Aristocratie et valeurs 'chevaleresques' dans la seconde moitié du XII^e siècle. L'exemple des lais de Marie de France", *Le Moyen Age*, XCVI, n.º 1 (1990), pp. 35-65; y *Caballeros y*

nueva imagen que se nos ofrece. Sería precisamente en la segunda mitad de ese siglo cuando se redactaría la *Crónica Najerense*, composición desde la que Rodrigo Díaz comienza a perfilarse claramente como “caballero” ideal, que se identifica plenamente con un arquetipo “caballeresco” generalizado, adoptando una serie de virtudes morales y militares⁵³, un modo de combatir⁵⁴ y una serie de símbolos que son esencia fundamental en la ideología de ese ente abstracto llamado “Caballería”⁵⁵. Por tanto, la imagen del *Campidoctus* que nos ofrece esta crónica tendrá que ser valorada dentro de esa eclosión caballeresca generalizada que se está produciendo en la Europa del siglo XII, especialmente en Francia, posible país de origen del anónimo autor de la *Crónica*⁵⁶. Se producirá pues, con las ideas supradichas, una reinterpretación de la idea del *Campeador* como *Señor del Campo de Batalla* o del *Llano*.

caballería en la Edad Media, Barcelona, 2001, pp. 82-83; y el reciente *Ricardo Corazón de León. El rey cruzado*, Barcelona, 2002, esp. 27-33 y 296 y ss.; DUBY, G.: “Situación de la nobleza en Francia a comienzos del siglo XIII”, *Hombres y Estructuras en la Edad Media*, Barcelona, 1978, pp. 228-239, esp. pp. 232 y ss., y “Los ‘jóvenes’ en la sociedad aristocrática de la Francia del noroeste en el siglo XII”, *ibidem*, pp. 132-147, esp. 145; KEEN, M.: *La caballería*, Barcelona, 1986, pp. 54-66; BARBER, R.: *The Knight and Chivalry*, Woodbridge, 1995, pp. 47-86; KAEUFER, R.: *Chivalry and Violence in Medieval Europe*, Oxford, 2001, *passim*; STRICKLAND, M.: *War and Chivalry*, pp. 19-30 y 331 y ss.; BUMKE, J.: *The Concept of Chivalry in Middle Ages*, translated from the German by W.T.H. and Erika Jackson, New York, 1982; ARNOLD, B.: *German Knighthood, 1050-1350*, Oxford University Press, 1999, pp. 20 y ss., y MORETA VELAYOS, S.: “El caballero en los Poemas Épicos Castellanos del siglo XIII. Datos para un estudio del léxico y de la ideología de la clase feudal”, *Studia Histórica*, I-2.º (1983), pp. 5-28.

⁵³ Prudencia, proeza, valentía, piedad, modestia, lealtad. Virtudes “caballerescas” que pronto son asimiladas por los reyes, convirtiéndose en “reyes caballeros”, véase FLORI, J.: *Ricardo Corazón de León*, especialmente la segunda parte, pp. 284 y ss. Para lo bueno y lo malo, de hecho el rey Sancho de la narración najerense aparece retratado con algunos de los defectos “anticaballerescos”, cuyo contrapunto es el Cid.

⁵⁴ En el que caballo, armadura y lanza son elementos fundamentales, adoptando una técnica en la que la “esgrima de la lanza” o *lance couchee* son seña de identidad en esa ideología caballeresca que se va perfilando a lo largo del siglo XII. Ver por ejemplo (aparte de los títulos anteriormente citados) KUPPER, J.-L.: “Chevalerie et croisade. Sur l’oeuvre de Jean Flori”, *Le Moyen Age*, vol. 107, n.º 2 (2001), pp. 321-327, que expone en este sentido: *l’esgrime à la lance devient, dans le courant du XII^e siècle, une technique exclusivement “chevaleresque”, réservée, à la cavalerie d’élite. Cette méthode révolutionnaire de combat contribuait largement au développement d’une mentalité nouvelle, fondement d’une “idéologie chevaleresque”: conscience de la supériorité, recherche de la renommée et de la gloire, sens de l’honneur –entre gens d’élite on s’efforce de gagner...*, pp. 322-323. Por otra parte, esta será una imagen idealizada, que contribuye a distorsionar las formas de hacer la guerra de este período. Para ello véase, por ejemplo, AYTON, A.: “Arms, armour and horses”, en *Medieval Warfare, a History*, ed. by Maurice KEEN, Oxford University Press, 1999, pp. 186-208, esp. pp. 186-189, y GARCÍA FITZ, FRANCISCO: *Castilla y León frente al Islam*, p. 375; y “La guerra en la obra de don Juan Manuel”, *Estudios sobre Málaga y el Reino de Granada en el V Centenario de la Conquista*, ed. por José Enrique López de Coca Castañer, Málaga, 1987, pp. 55-72, esp. 71-72. La *Crónica Najerense* deja constancia de esa técnica con la expresión *arrepta lancea*, *Crónica Najerense*, edición, introducción y notas de Antonio Ubieto Arteta, Valencia, 1966, Libro III, ep. 43, p. 114. La *Crónica Naierensis* ha sido recientemente editada por Juan A. Estévez Sola en el *Corpus Christianorum Continuatio Mediaevalis LXXI A, Chronica Hispana Saeculi XII, Pars II*, Tvrnholti, 1995, los fragmentos del Cid en Liber III, eps. 15-16, pp. 171-175.

⁵⁵ KEEN, M.: *La Caballería*, pp. 12 y ss.; MORETA VELAYOS, S.: “El caballero en los poemas épicos”, pp. 25 y ss.

⁵⁶ Antonio Ubieto Arteta considera en el estudio introductorio de su edición de la *Crónica Najerense* (Valencia, 1966, pp. 25-30), por una serie de indicios, que el autor bien pudo ser un monje cluniacense francés relacionado con el monasterio de Santa María la Real de Nájera, que la redactaría a mediados del siglo XII. A nosotros nos parece acertada la conclusión de Ubieto sobre el autor, en tanto que las ideas “caballerescas” que aparecen reflejadas en los fragmentos que hablan del Cid (para algunos investigadores como Menéndez Pidal pertenecientes al perdido *Poema de Sancho II*) parecen tener una fuerte inspiración francesa. Nájera sería parada obligada de monjes y peregrinos, de caballeros y juglares que iban a Santiago por el denominado “Camino Francés”, que posiblemente introducirían e inspirarían unas imágenes de la caballería que no aparecen reflejadas con tal grado de madurez en otras crónicas castellano-leonesas coetáneas. Posiblemente los fragmentos de la *Najerense* fueran relatos juglarescos que circularían por la Nájera de mediados del XII y que el monje francés autor puso por escrito en la crónica dándole un toque “francés” a su imagen del caballero castellano. Otra posibilidad sería que esas ideas francesas inspiraran a juglares castellanos y el monje redactor únicamente reprodujera lo que se cantaba. Sea como fuere parece que se ve esa influencia francesa. No hay que perder de vista, parafraseando a Maurice Keen, el hecho de que *la característica más importante de la cultura caballeresca en la Francia del siglo XII era la rapidez: con la que sus valores y modelos de vida se difundían más allá*

Comienza la *Najerense* a hablar de Rodrigo Díaz al narrar las tribulaciones de la hueste castellana en la noche previa a la batalla de Golpejera (1065). El rey Sancho convoca a sus magnates para pedirles consejo (*consilium et colloquium*) sobre lo que hacer al día siguiente, ante la realidad de que el ejército leonés era más numeroso que el suyo. Sancho no se acobarda y exhorta a los suyos con el discurso de que es más importante el valor y la fuerza que el número: arenga a sus hombres diciendo que si los leoneses son más numerosos, ellos (los castellanos) son *meliores et forciores*, que su propia lanza vale más que la de mil caballeros, y la de *uero Roderici Campidocti, centum militibus comparo*. El *verdaderamente Campeador* contestará a su señor en un alarde de modestia, prudencia y religiosidad: *cum uno tamen milite se cum Dei adiutorio pugnaturum, et quod Deus permitteret facturum*. Con la ayuda de Dios con un caballero lucharía, y que fuera lo que Dios dispusiese. A pesar de que –como decía el cronista–, podría perfectamente enfrentarse con cincuenta, cuarenta, treinta, veinte o al menos con doce, esto era algo que nunca salía de la boca de Rodrigo⁵⁷. Seguía el anónimo autor con una narración escueta de la batalla, que tuvo como resultado que unos pocos castellanos (entre los que se encontraría Rodrigo), apresaran al rey Alfonso y ganaran el campo (*tandem paucis castellanis campum obtinentibus*), a pesar de que el propio rey Sancho fuera capturado por los leoneses⁵⁸. Esto no hace sino constatar ese significado de *Señor del Campo de Batalla* que también para este cronista tendría el término *Campidoctus*. De hecho, retomará su narración en el siguiente punto refiriéndose de nuevo a Rodrigo como *Rodericus uero Campidoctor*⁵⁹ para después relatar su proeza en la liberación de su señor de la cautividad, la derrota de los leoneses, la consecución del botín y el dominio absoluto del campo.

Así pues, Rodrigo, ante el apresamiento de su señor, se decide a perseguir a los catorce leoneses que llevaban al rey Sancho. Recrimina a los leoneses su cobardía, reseñando que su victoria es estéril y miserable, ya que su rey Alfonso permanece cautivo por los castellanos. Rodrigo ofrece canjear a Alfonso por Sancho a los leoneses, éstos no sabían que su rey había sido capturado y no creen lo que dice el castellano. Le increpan y le insultan, diciendo que debe estar loco (*stulte*) si pretende él solo enfrentarse con catorce, a lo que Rodrigo responde que si le dieran una sola lanza demostraría en sus carnes, con la ayuda de Dios, de lo que era capaz. Los leoneses dejan la lanza en el *campo*, Rodrigo la agarra, espolea su caballo y sucesivamente va desazonando a los catorce caballeros uno a uno, como si de diferentes justas

de su lugar de origen en territorio francés, La Caballería, p. 54. Una de estas influencias, por citar sólo una, sería la representación de una batalla desigual (la del Cid con los catorce leoneses) como una suma de combates singulares en los que el protagonista vence a unos adversarios más numerosos que él empleando los elementos “caballerescos”. O sea, la representación de la batalla como torneo, un deporte muy extendido por la Francia de esta época y no demasiado en el mundo castellano-leonés, donde los esfuerzos militares y violencia de los caballeros tendrían otros objetivos, véase *CN*, Libro III, ep. 36, p. 112 de la ed. de Ubieto, y Liber III, ep. 15, pp. 171-173 de la de Estévez Sola. Aunque la fecha de redacción de la *CN* ha tendido a retrasarse, sin embargo se considera unánimemente que esta se situaría en la segunda mitad del siglo XII. Sobre esta cuestión véase LOMAX, Dereck W.: “La fecha de la Crónica Najerense”, en *Anuario de Estudios Medievales*, 9 (1974-1979), pp. 405-406; ESTÉVEZ SOLA, J. A.: “La fecha de la *Chronica Naiensis*”, en *La Coronica*, vol. 23.2 (spring 1995), pp. 94-103, y el estudio introductorio de su citada edición, esp. p. LXX y ss.; y CATALÁN, Diego: “Sobre la fecha de la *Chronica Naiensis*”, en *El Cid en la Historia y sus inventores*, apéndice II, pp. 281-285.

⁵⁷ *Crónica Najerense*, Libro III, ep. 34, p. 111. Ver también p. 172 de la edición de Estévez Sola.

⁵⁸ Empate técnico, los leoneses capturan al rey castellano y los castellanos al rey leonés; sin embargo los castellanos “dominan el campo” y los leoneses se dan a la fuga, lo que en definitiva viene a significar que los vencedores son los castellanos, *ibídem*, Libro III, ep. 35, p. 111. Por otra parte, referencias como estas nos sirven para evaluar la fuerte ideología “castellanista” que impregna a la *Crónica Najerense*: los castellanos, representados de manera señera por el Cid, encarnan las virtudes y los leoneses los defectos más ruines, como puede ser el hecho de huir no haciendo nada por liberar a su señor. Sobre la ideología “castellanista” de la *CN* véase por ejemplo BODELÓN, Serafín: *op. cit.*, pp. 117-119.

⁵⁹ Según la edición de Estévez Sola *Rudericus uero Capidoctus*, Liber III, ep. 15, p. 172.

se tratara, resultando al final que únicamente uno, gravemente herido, consigue huir. Con esto Rodrigo libera al rey, se apodera de las armas y espolios y los castellanos resultan completamente victoriosos (*et Castellam cum uictoria sunt reuersi*)⁶⁰.

Con todo lo anterior comprobamos como para el individuo que elaboró la *Crónica Najerense*, el apelativo cidiano de *Campidoctus* pudo tener también el significado de dominador o *Señor del Campo de Batalla*. Se aprecia claramente en su retrato del comportamiento militar de Rodrigo Díaz y en algunas alusiones que hace al respecto. Al mismo tiempo, la *Najerense* distorsiona todavía más la imagen de un *Campeador* que parece sufrir, a lo largo del siglo XII, un proceso continuo de reinterpretación y retoque de una idea antigua, en función del alejamiento temporal y de nuevas maneras de representar a la caballería y sus modos de combatir.

Las apreciaciones contenidas en el *Poema de Mío Cid* a propósito del carácter *Campeador* de Rodrigo nos extrañan menos si tenemos en cuenta estos antecedentes. Como era de esperar, ese carácter *Campeador* del Cid tiene una amplia representación a lo largo del cantar. Según Ian Michael es el apelativo cidiano que más veces se repite a lo largo de toda la composición⁶¹. Si entendemos el término *Campeador* como *Señor del Campo de Batalla* o *Dominador del Llano*, comprobamos hasta qué punto el anónimo poeta contribuyó a perpetuar y consolidar esa imagen del Cid. Son varias las ocasiones en las que el *Poema* nos presenta al héroe *ganando el campo*, y es que ese sería –como decíamos con Alvira Cabrer– el fin último de la batalla, hacerse con el dominio del escenario del combate, del “campo”, que simbolizaría de manera evidente la victoria para el bando que hubiera conseguido permanecer en él y por lo tanto “ganarlo”.

Son varios los ejemplos contenidos en el *Poema* que ilustran esa idea de dominio del campo por parte de las huestes del Campeador. Veamos alguno. En la primera de las batallas de cierta índole que relata el cantar – contra las fuerzas de Fariz y Galve–, aunque no se refleja de una manera clara esa acción de dominar el campo, si se trasluce que ese es el objetivo cuando en plena lucha el héroe dice a Minaya –para indicarle que no ha cesado el combate– *firnes son los moros, aún nos’ van del campo*⁶². Poco más adelante el poeta relataba que el Cid hirió de gravedad a Fariz de un mandoble de espada, por lo que el general musulmán huiría al no ver otra alternativa, para lo que *bolvió la rrienda por írsele del campo*, lo que significaría que la victoria ya estaba casi alcanzada, pues como continuaría el autor, por aquel golpe del héroe *rrancado es el fonsado* (derrotado es el ejército)⁶³. Estando asediados en Murviedro el Cid y sus hombres, tomada la decisión de batallar con los asediadores valencianos, Minaya –como es habitual en la composición– diseñó la táctica de ataque, gracias a la cual, según él: *commo fío por Dios, el campo nuestro será*⁶⁴.

⁶⁰ *Crónica Najerense*, Libro III, ep. 36, p. 112, de la edición de Ubieto; Liber III, ep. 15, pp. 172-173, de la de Estévez Sola.

⁶¹ *Poema de Mío Cid*, p. 80, nota 31, salvo aclaración esta será la edición que citaremos en lo sucesivo. Exactamente serían 77 las veces que el *Poema* emplea el apelativo *Campeador* para referirse a Rodrigo, véase CHASCA, E. de: *El arte juglaresco en el “Cantar de Mío Cid”*, Madrid, 1972, p. 176, citado por MORETA VELAYOS, S.: “Y el héroe tascó la hierba”, p. 20, nota 23. La bibliografía sobre el *Poema* es abrumadora en cuanto a estudios y ediciones. Véase, por citar algunos estudios emblemáticos: UBIETO ARTETA, A.: *El Cantar de Mío Cid y algunos problemas históricos*; LACARRA, M.^a E.: *El Poema de Mío Cid: realidad histórica e ideología*, Madrid, 1980; MONTANER FRUTOS, A.: “El Cid: mito y símbolo”, así como su edición del *Cantar de Mío Cid*, Barcelona, 1993; y el estudio preliminar de esta edición: RICO, F.: “Un canto de frontera: La gesta de Mío Cid el de Vivar”. La edición de Montaner Frutos contiene, además, un auténtico compendio bibliográfico sobre diversos temas relacionados con el *Cantar*. Otra síntesis bibliográfica, más amplia, es la de FRADEJAS RUEDA, J. M.: *Crono-bibliografía cidiana*, Burgos, 1999.

⁶² *Poema de Mío Cid*, v. 755.

⁶³ *Ibidem*, vv. 763-764.

⁶⁴ *Ibidem*, v. 1133.

De una manera más gráfica y explícita, al dar cuenta de la victoria sobre las fuerzas del rey de Marruecos que habían acudido a recuperar Valencia, el poeta exponía que el Cid y sus vasallos no cabían en sí de gozo, porque *Dios les ovo merçed y vençieron el campo*⁶⁵. Poco más adelante –sigue relatando el poeta–, el héroe se presentaría chorreando sangre enemiga y con Baviecta empapado en sudor ante su mujer e hijas, que habían presenciado la batalla desde las murallas de Valencia. En un gesto solemne, el Cid se arrodilló ante ellas diciendo que mientras estaban allí *yo vençí el campo*, ya que *esto Dios se lo quiso con todos los sos santos*⁶⁶. Un último ejemplo que ilustra esa idea de que el dominio del campo era sinónimo de victoria lo encontramos en los prolegómenos del choque contra Búcar, la última gran batalla del héroe contra un poder musulmán. El poeta nos presenta una escena en la que el Campeador se dirige a sus yernos –los infantes de Carrión– y con el fin de darles ánimos para la batalla les conforta en tono profético anunciando que *los moros, con Dios, non fincarán en el campo*⁶⁷.

Pero no sólo las batallas se celebraban en un “campo”, también los torneos, y, como apuntaba Martín Alvira, hacerse con el dominio de ese “campo” también simbolizaba la victoria en ellos. Un ejemplo claro lo encontramos en el Poema a propósito de la narración de los compases finales del torneo judicial que enfrentó a dos hombres del Cid con los infantes de Carrión para vengar el ultraje deshonoroso de la afrenta de Corpes. Al herir Muño Gustioz al infante Asur González de una fuerte lanzada –relata el poeta–, Gonzalo Asúrez, padre del infante, suplicó a Muño que no le hiriera más, señal inequívoca de que ya consideraba perdida la lucha, y el poeta, por si no quedaba claro a su audiencia, apostilló: *Vençudo es el campo quando esto se acabó*⁶⁸.

Como acabamos de ver, el *PMC* no sólo perpetuó el mito del *Campeador*, del *Señor del Campo de Batalla*, sino que le dio un impulso fundamental, consolidándolo y engrandeciéndolo al mismo tiempo. No sorprende por ello que la historiografía alfonsí, ya en la segunda mitad del siglo XIII también reflejara esa faceta real y mítica.

Aunque con variaciones interesantes de reseñar, la *Crónica de Veinte Reyes* y la *Primera Crónica General*, contribuyen de manera decidida a la perpetuación, consolidación y amplificación de ese carácter mítico cidiano de *vencedor de batallas* y *dominador del campo de batalla*. Encontramos en la primera de esas composiciones lo que parece una reflexión personal del autor que nos ilumina sobremanera en este sentido, en la narración de la batalla de Consuegra de 1097⁶⁹, en la que Alfonso VI resultó derrotado y encontró la muerte el enigmático hijo del Cid, Diego Rodríguez. La noticia no tendría un valor histórico especialmente reseñable, para nuestros propósitos, si no fuera por el tesoro que es la reflexión final del compilador alfonsí:

*En este año de suso dicho lidió el rrey don Alfonso con Ven Alhange en Consuegra e fue vençido el rrey don Alfonso e acogióse a Consuegra. En aquella batalla murió Diego Ruys, fijo del Çid. Agora sabed aquy los que esta estoria oydes quel Çid non se açertó en esta batalla, ca non era avn venido de tierra de moros donde guareciera grant tiempo, ca sy y fuese non fuera así vençido el rrey don Alfonso, ca fallamos en las estorias que del Çid fablan que nunca fue vençido en lid que entrase tal graçia le ovo Dios dado*⁷⁰.

⁶⁵ *Ibidem*, vv. 1739-1740.

⁶⁶ *Ibidem*, vv. 1748-1750.

⁶⁷ *Ibidem*, v. 2353.

⁶⁸ *Ibidem*, vv. 3690-3691.

⁶⁹ Sobre esta batalla véase MARTÍNEZ DíEZ, G.: *El Cid Histórico*, pp. 371-374. Sobre el contexto de la misma véase además MÍNGUEZ, J. M.^a: *Alfonso VI*, pp. 168 y ss.

⁷⁰ *Crónica de Veinte Reyes*, Libro X, cap. XXIII, pp. 213-214.

La PCG no dice nada de lo que ponemos en negrita, se limita a narrar el infausto incidente de una manera bastante difusa, sin ninguna aclaración ni justificación de la ausencia determinante del *Campeador*, plasmando la noticia tal vez como la recogiera de los anales que posiblemente utilizó⁷¹. Fueran cuales fueran las causas de la diversidad narrativa del mismo relato, lo que sí pone de relieve es que con la cronística alfonsí el carácter mítico del Cid como *vencedor de batallas o Señor del Campo de Batalla* vuelve de nuevo a dar un salto cualitativo. Es la primera vez que de una manera tan clara se expone su infalibilidad en el campo de batalla, que sería un don de Dios, convirtiendo su ausencia de un choque campal en causa determinante de la derrota cristiana, aunque en aquel enfrentamiento hubiera estado presente el rey Alfonso y el propio hijo del héroe. Si el Cid hubiera estado en aquella batalla nada habría sido como fue *ca fallamos en las estorias que del Çid fablan que nunca fue vençido en lid que entrase; tal graçia le ovo Dios dado*. Merece ser repetido y sobran más explicaciones.

En la *Primera Crónica General* y en la *Crónica de Veinte Reyes* también encontramos resonancias de esa capacidad cidiana de dominar el campo de la que comenzara a hablar el anónimo autor del *Carmen Campidoctoris*, continuaran recalcando con distorsión la *Historia Roderici* y la *Crónica Najerense*, y perpetuara y consolidara el *Cantar*. Tanto para la CVR como para la PCG, ese sobrenombre de *Campeador* que acompañara a Rodrigo Díaz a lo largo de su vida, le había sido dado por haber derrotado al conde García Ordóñez en la batalla de Cabra⁷². Esas dos crónicas reflejaron la faceta de *Campeador* –de *Señor del Campo de Batalla*– del Cid a propósito de la narración de un enfrentamiento que mantuvieron a mediados del siglo XI Sancho II de Castilla y su hermano García de Galicia en las inmediaciones de Santarem. Retomando tal vez un relato de origen juglaresco⁷³, las dos crónicas cuentan que en aquella batalla García había conseguido apresar a su hermano Sancho, cuya custodia encomendaría a seis de sus mejores caballeros. Álvar Fáñez consiguió liberar al rey enfrentándose él solo a los seis caballeros. Después se refugiarían en una mota en la que previamente se habían guarecido los castellanos que consiguieran huir tras la derrota y la captura de su rey. Desde la cima de aquel otero vieron aproximarse al Cid con trescientos caballeros, lo que llenó de gozo al rey Sancho, que dijo a los suyos *Agora deçendamos al llano, ca pues el Çid es venido vençer lo hemos*. Con esa certeza de que gracias al “señor del llano” vencerían, dio el rey a Rodrigo un honroso recibimiento: *Bien seades venido, Çid, el bien auenturado, ca nunca vasallo acorrió a señor a mejor sazón que uos agora*, a lo que el aludido respondió con seguridad: *Bien creed, señor, que vos cobraredes e vençeredes el campo desta vez o yo morré*⁷⁴.

Como no podría ser de otro modo, también para los compiladores alfonsinos el llano campo de batalla sería un escenario de combate en el que el *Campeador* sería protagonista absoluto. ¿Para qué permanecer refugiados en una montaña cuando contaban con la presencia del *Señor del Campo de Batalla*?, ¿por qué no bajar a combatir al llano cuando entre ellos se encontraba aquel que, por un don divino, nunca había sido vencido en ese peligroso escenario?

Aunque el *Campeador* fue una realidad histórica, no por ello dejó al mismo tiempo de ser un mito, un mito acumulativo en cuanto a deformaciones y añadidos. La del *Señor del Campo de Batalla* sería una secuencia mitificadora *in crescendo* con el paso de los años, que

⁷¹ En este XIII.º anno lidio el rey don Alfonso con Abenhalange en Consuegra, et fue uençudo el rey don Alfonso, et metiose en esse castiello de Consuegra. En aquella batalla murió Diag Royz fijo de Roy Diaz mio Çid, PCG, cap. 866, p. 538.

⁷² En este sentido la Crónica de Veinte Reyes dice que tras la batalla de Cabra *de allí adelante llamaron moros e christianos a este Rruy Días de Biuar el Çid Campeador, que quiere dezir batallador*, Libro X, cap. VII, p. 204; y la *Primera Crónica General* dice exactamente lo mismo al respecto, cap. 849, p. 522.

⁷³ *Asy como la cuentan los juglares*, decía poco antes la *Crónica de Veinte Reyes*, Libro IX, cap. III, p. 183.

⁷⁴ *Crónica de Veinte Reyes*, Libro IX, cap. VIII, pp. 184-185, y *Primera Crónica General*, cap. 822, p. 501.

sufriría una serie de reinterpretaciones acordes con la mentalidad y la ideología del momento de elaboración de las distintas composiciones que se harían eco de esa cualidad real de Rodrigo Díaz. La propia evolución de las ideas caballerescas influiría de manera notable en ese proceso mitificador del Rodrigo Díaz histórico, en el que su percepción como *Campidoctor* o *Campeador* sólo sería una esfera. Sobre todo a partir de las narraciones najerenses, las evocaciones del *Poema* o las compilaciones historiográficas alfonsinas, el Cid empieza a equilibrar más la balanza desde la historia a la leyenda, a pesar de que ya en vida del personaje comenzara el proceso de su conversión en héroe legendario.

Como pusiera de relieve José Luis Martín, *a medida que los textos literarios y cronísticos se alejan en el tiempo se difumina más la imagen de Rodrigo, que junto con Castilla pierde parte de su realidad para entrar en el mundo de las leyendas bien o mal intencionadas*⁷⁵. Leyendas responsables de la configuración de una imagen cidiana que se perpetuó más allá de la Edad Media, donde mayor sentido tenía, y que en gran medida sigue vigente en la actualidad, en la mente de mucha gente. Pero, por otra parte, en el período que hemos elegido (siglos XI-XIII) para analizar la faceta de *Campeador* de Rodrigo Díaz, nos interesa aquel Rodrigo “histórico” de las fuentes más cercanas, y al mismo tiempo para nosotros *tan histórico es el personaje real como el guerrero épico*⁷⁶ y cronístico. Como expone Diego Catalán de manera magistral:

*no deja de ser patente, a la vez, el hecho de que (como en toda historia, y más si es poética) lo contado es construcción al servicio de unas ideas, de unos propósitos, que más que al tiempo referido, pertenecen al narrador y a la posición que este adopta ante la realidad de su entorno histórico. Es como toda “verdadera historia”, reinención del pasado para el presente*⁷⁷.

En un tiempo en el que la batalla era eludida, temida, considerada peligrosa, cobraría plena relevancia aquel *nunca fue vencido en lid que entrase*, y que propios y extraños se hicieran eco de esa cualidad, de esa destreza al alcance de pocos o de nadie. Para aquellos hombres el *Campeador* sería *El Señor del Campo de Batalla*, el *vencedor de batallas*, un espejo en el que podían mirarse e intentar emular sus “hazañas” los caballeros que regían la sociedad.

⁷⁵ MARTÍN, J. L.: “La Castilla del Cid”, *Cuadernos de Historia* 16, n.º 7, 1995, p. 23.

⁷⁶ MORETA VELAYOS, S.: “Y el héroe tascó la hierba”, p. 17.

⁷⁷ CATALÁN, D.: *El Cid en la Historia y sus inventores*, pp. 27-28.